

Antropología social como práctica y como representación*

EDUARDO L. MENÉNDEZ**

Resumen

En este artículo se analizan las discrepancias o contradicciones observadas entre la propuesta teórica y la etnografía producida en gran parte de los trabajos antropológicos actuales, por lo menos dentro de la antropología médica. Para examinar dichas discrepancias y contradicciones se revisan tres aspectos: a) al uso o no uso del lenguaje nativo en el trabajo de campo; b) los trabajos focalizados en el punto de vista del actor y c) la relación entre representaciones y prácticas sociales. Estas discrepancias no sólo evidencian un distanciamiento entre teoría y etnografía, sino que tienden a sesgar la descripción e interpretación de la realidad estudiada. Se propone problematizar la realidad como mecanismo metodológico que posibilita la modificación de esta orientación.

Palabras clave: metodología, teoría antropológica, etnografía

Abstract

This paper analyzes discordances and contradictions between theoretical proposal and ethnographic report observed in much of current medical anthropologic works. For that purpose three problems are examined here: a) use/no use of native language at fieldwork; b) works focalized from actor's point of view, and c) relations between social representations and practices. This work considers those discordances not only as an evidence of distance between theory and ethnography but also a way to skew descriptions and interpretations regarding the studied reality. The purpose is to question reality as a methodological instrument to modify that tendency.

Key words: methodology, anthropological theory, ethnography

En este trabajo analizaré ciertas tendencias que observo en la producción antropológica y paraantropológica¹ actual, y que en términos sintéticos remiten a la existencia de discrepancias, distanciamientos y a veces contradicciones entre las propuestas teórico-metodológicas que orientan las investigaciones, y los resultados de las mismas, incluyendo la forma en que se produce la información descrita y analizada. Al señalar esto no sólo me refiero a la calidad de los aportes producidos, sino a la congruencia entre lo propuesto en el plano teórico-metodológico y la descripción e interpretación del material etnográfico.

Si bien la discrepancia o, en ocasiones, la contradicción entre las representaciones y lo realizado por los grupos sociales constituye un proceso no sólo frecuente sino propio de la vida social de cualquier grupo –como lo han

* Artículo recibido el 08/06/05 y aceptado el 22/08/05.

** Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Seminario Permanente de Antropología Médica. emenendez1@yahoo.com.mx

¹ El Sector Salud, la Salud Pública o las organizaciones no gubernamentales que trabajan sobre procesos de salud-enfermedad-atención (s-e-a) utilizan crecientemente conceptos y técnicas desarrolladas previamente por la antropología social, y es a esta producción que denomino paraantropológica.

demostrado las diferentes tendencias antropológicas– sus características, significado y consecuencias requieren ser explicados o interpretados en cada caso específico.

Como sabemos las discrepancias, contradicciones y distanciamientos entre representaciones y prácticas han sido observadas no sólo en el terreno de la vida cotidiana de los conjuntos sociales sino también en el campo de la producción y uso de conocimiento científico y técnico, y no constituye un hecho reciente ni coyuntural. Pero lo que me preocupa en este trabajo no es tanto corroborar la existencia de estos procesos, sino analizar dichas posibles discrepancias y sus consecuencias en función de ciertos problemas que investiga actualmente la antropología, ya que una parte sustantiva y creciente de la producción antropológica y paraantropológica estudia problemas de desnutrición-hambre endémicas, violaciones sexuales, infanticidio, criminalidad juvenil, desastres o emociones y dolores de la vida, y porque además una parte de estas investigaciones tienen orientación aplicada o se realizan desde la perspectiva de la investigación-acción, ya sea a través de antropólogos o por sujetos, instituciones y grupos que están utilizando conceptos y técnicas desarrolladas por esta disciplina.

El análisis lo haré sobre la producción generada en un campo específico, el que cubren la denominada antropología médica y algunas especialidades afines,² y dentro del cual vengo trabajando desde la década de los sesenta. Esto quiere decir que analizaré un campo cuya trayectoria conozco por lo menos parcialmente, con la aclaración de que no pretendo que mis conclusiones sean generalizables al resto de la producción antropológica.

En función de los objetivos señalados, desarrollaré mi propuesta enumerando sintéticamente varios problemas en lugar de profundizar alguno en particular. Esta decisión se debe a que en otros textos he analizado ciertas problemáticas en forma específica (Menéndez, 1997, 1998a, 1998b, 1999, 2000, 2001 y Menéndez y Di Pardo, 2003), por lo cual ahora trataré de evidenciar que las discrepancias, distanciamientos y contradicciones encontradas no son excepcionales ni aluden sólo a determinados problemas o conceptos, sino que pueden ser observados mediante muy diferentes aspectos de la producción antropológica referida a procesos de salud-enfermedad-atención (s-e-a), y que dicha orientación se reproduce en gran medida a través de nuestro proceso formativo como antropólogos.

Significados, lenguajes y otros pormenores

Diversas corrientes teórico-metodológicas consideran la realidad como significado; la realidad serían los significados que se producen a través de relaciones intersubjetivas especialmente en el interior de una comunidad de referencia y pertenencia. Por medio de esos significados los sujetos manejan, comprenden y viven la realidad. Mientras que para algunas tendencias dichos significados se constituyen mediante los sujetos en sus relaciones intersubjetivas, para otras los sujetos son sobre todo reproductores de los significados preexistentes. Pero más allá de esta diferencia crucial, que no vamos a analizar en sus implicaciones teórico-metodológicas, me interesa subrayar que para la mayoría de estas corrientes el lenguaje es decisivo tanto en la constitución y transmisión del significado a nivel de los sujetos sociales, como en el proceso de interpretación generado por el investigador respecto de la realidad a estudiar.

Estemos o no de acuerdo, esta propuesta es legítima, sobre todo si está fundamentada teórica y metodológicamente, y, como sabemos, varias corrientes historiográficas, de análisis literario y antropológicas han sustentado esta perspectiva, por lo menos desde mediados del siglo xix hasta la actualidad. Es importante recordar que, ya a mediados del siglo xix, para un estudioso de los significados de la obra de un autor, de una corriente literaria o de materiales religiosos era impensable que alguien pretendiera comprender esos significados sin tener una comprensión profunda del lenguaje utilizado por dicho escritor, corriente literaria o expresión religiosa, lo cual también se expresaba a través de la antropología desarrollada por Frobenius, Radin o Lowie a principios del siglo xx.

Ahora bien, un amplio grupo de antropólogos interesados en describir y estudiar significados –especialmente respecto de grupos étnicos– se caracteriza en la actualidad porque los describe e interpreta, sin manejar su lenguaje o sólo teniendo un manejo rudimentario o instrumental del mismo. Si bien esto siempre ha ocurrido con una parte de la producción antropológica, debemos subrayar que en los últimos veinte años se han promovido estudios en México sobre la sexualidad, el cuerpo, la salud reproductiva, las parteras empíricas, los “alcoholismos”, las enfermedades “tradicionales”, los padecimientos o las experiencias religiosas en grupos indígenas, sin que el investigador maneje el lenguaje de estos grupos.

² Me refiero a los estudios de género, sobre violencia o sobre sexualidad, que convergen con las investigaciones de la antropología médica.

Como sabemos, la tradición fuerte en antropología –y subrayo lo de tradición– propuso la necesidad de que el antropólogo manejara el lenguaje del grupo a estudiar, por razones de muy diverso tipo. El conocimiento del lenguaje posibilitaría obtener información estratégica, así como acceder con mayores posibilidades a información tabuada u ocultada. Permitiría desarrollar un tipo de antropología, que ahora llaman reflexiva, la cual es casi imposible de elaborar si no se maneja en profundidad el lenguaje del Otro. Además reduce o elimina el papel del intérprete, que puede deformar, ocultar, inventar información en términos funcionales o intencionales.

Es importante recalcar que conocer el lenguaje del Otro también se puede referir a los sujetos bilingües; es decir, que es sustantivo manejar la lengua original de los informantes-comunidad aun cuando ellos tengan también un manejo del lenguaje del antropólogo, dado que para la mayoría de los sujetos la lengua aprendida suele tener un carácter instrumental, de manera que las expresiones propias y más profundas del sujeto y de su cultura se expresan realmente a través de la lengua original. Pero, además, el lenguaje de la cultura dominante que usa el investigador –y también el informante bilingüe– puede subalternizar al sujeto y/o crear resistencias en términos tanto conscientes como no conscientes, lo cual incide de muy diversas formas en la calidad de la información obtenida.

El manejo del lenguaje del grupo que se estudia aparece como decisivo tanto para obtener información como para producirla e interpretarla. Si bien éste es necesario para la mayoría de la investigación de tipo antropológico, dicha necesidad se constituye en insoslayable si lo que se hace es investigar problemáticas como la significación de los usos del alcohol en términos de mortalidad; la presencia, difusión y significación del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA) en grupos homosexuales; la presencia y significación de las relaciones violentas entre varón y mujer o el papel de la palabra en determinados rituales de atención de padecimientos, como es mi caso. Esta necesidad es además intrínseca a las propuestas interpretativas, para las cuales el lenguaje no sólo aparece como táctica de obtención de información, sino que lo consideran como constitutivo de la realidad de los actores que investigan y, según determinadas corrientes, de los sujetos mismos (Menéndez, 2002).

Trabajar con significados implica el desarrollo de una estrategia dialógica en todos los pasos de la investigación, incluyendo de manera decisiva el diálogo que se gesta y se lleva a cabo en el trabajo de campo, pues dentro de las tendencias interpretativas la relación investigador-actor supone un continuo proceso de interpretación-reinterpretación.

En consecuencia, partir de concepciones interpretativas da por un hecho la necesidad teórica y metodológica de manejar en profundidad el lenguaje del grupo que estoy estudiando,³ y sin embargo encontramos que un extenso grupo de autores describe e interpreta diversos problemas, con frecuencia complejos, sin tener dicho manejo y sin reflexionar sobre las consecuencias de dicha omisión en la producción etnográfica y en la interpretación. Así, hallamos toda una serie de trabajos de la antropología médica y, por supuesto, de otras especialidades, que se preocupan por la etnicidad, por la religiosidad o por la “diferencia” referidas a distintos sujetos, los cuales subrayan la importancia de la palabra de la comunidad a la que consideran metafóricamente o no como “la palabra verdadera”, pero sin que los investigadores de esa comunidad sean capaces de utilizar esa palabra para describir, por ejemplo, rituales de sanación o los procesos y las técnicas de embrujo.

Más aún, algunos de estos investigadores critican al personal de las instituciones de salud y en particular a los médicos que atienden a pacientes de determinados grupos étnicos, por no entender o hablar el lenguaje de los sujetos que atienden médicamente, señalando con tino que la no comprensión del lenguaje del paciente reduce no sólo la calidad de la relación médico-paciente, sino que limita el involucramiento de este último, así como la aplicación de ciertas estrategias como la del consejo médico. Pero estos y otros cuestionamientos no los aplican a su propio trabajo como antropólogos, que justamente se caracteriza –al igual que en el personal de salud– por no conocer el lenguaje del Otro. Y lo interesante es que a menudo no son conscientes de esta autoexclusión.

Algunos autores interesados en estudiar enfermedades, emociones o sexualidades en determinado grupo, pueden argüir que, si bien consideran la falta del manejo del lenguaje del Otro como una limitación, privilegian su interés por la temática y el grupo seleccionados. Esto es atendible; pero, no obstante, no puedo

³ Es obvio que el solo manejo del lenguaje no posibilita la producción de etnografías ni de interpretaciones estratégicas. Además no propongo el lenguaje como el único medio de obtener información, ni pretendo reducir la antropología a interpretación del lenguaje, sino que estoy recordando su centralidad como constitutivo de la realidad para los que se adhieren a posiciones interpretativas.

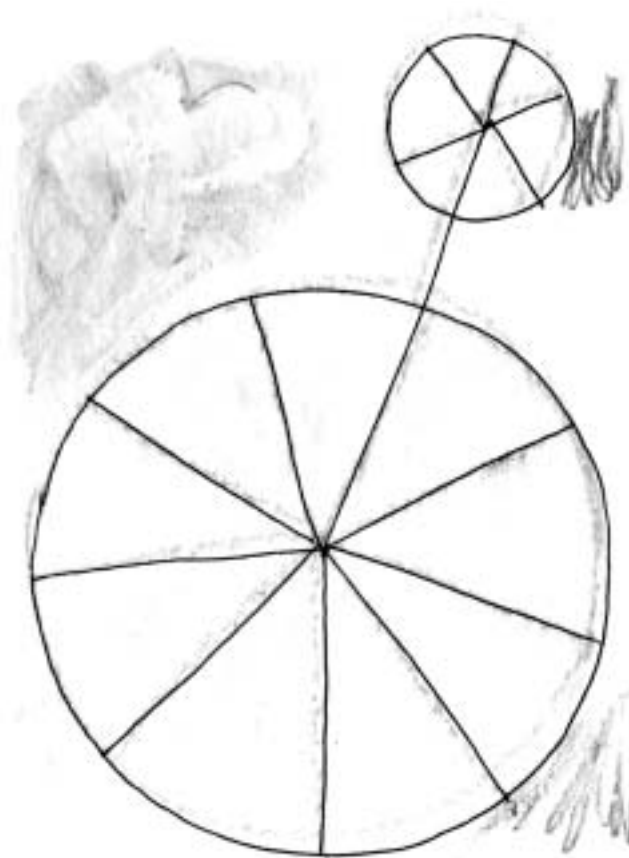
comprender varios hechos entre los que destaco dos. En la casi totalidad de los trabajos que conozco, y que se basan en propuestas interpretativas, no se aclara el significado de la discrepancia entre los puntos de partida teórico-metodológicos y la manera de producir información e interpretarla, ni tampoco las consecuencias que tiene para su trabajo específico la falta de manejo del lenguaje del Otro. Es decir que se convalida tácitamente dicha forma de trabajo etnográfico. Pero esta situación se hace poco menos que incomprensible cuando vemos que opera en investigadores que llevan entre diez y veinte años estudiando los mismos grupos étnicos, con frecuencia en diferentes comunidades, pero a veces en la misma comunidad, sin manejar su lenguaje. Esto lo he observado con una reiteración que convierte en “normal” esta forma de investigación, más allá de los marcos teóricos de los que parte cada investigador.

Quiero subrayar que, por lo menos en antropología médica, esta tendencia se está incrementando en lugar de estar disminuyendo. Más aún, cuando pregunto a los alumnos que deciden realizar su tesis de posgrado –de maestría o doctorado– sobre un grupo étnico si manejan el lenguaje del grupo, la primera respuesta en la mayoría de los casos es de extrañeza sobre la pregunta. Al profundizar en dicha sorpresa me encuentro con que en su proceso formativo como antropólogos, salvo excepciones, esta situación de “trabajo de campo” no fue presentada ni analizada en términos técnicos ni metodológicos. Y, en gran medida, no fue así porque con mucha frecuencia el propio docente realiza o está realizando investigaciones sobre grupos sin conocer el lenguaje de los mismos.

Esto resulta paradójico cuando el alumno ha recibido información sobre las corrientes teóricas interpretativas y sobre la importancia del lenguaje, la cual funciona yuxtapuesta y no integrada en términos de su proyecto de investigación (tesis). Esta situación puede ser aún más contrastante, ya que a menudo los investigadores que utilizan aproximaciones interpretativas y técnicas cualitativas señalan explícitamente que sus interpretaciones se constituyen en el proceso de investigación etnográfica, lo cual implica la constante interacción con la comunidad y sus informantes. Esta propuesta suele fundamentarse si se recurre a autores como Denzin (1987a y 1987b), Geertz (1987 y 1988), Good (1994), Good y Good (1980) o Kleinman (1988a y 1988b), quienes promueven un trabajo no sólo interpretativo sino en profundidad; pero resulta que por lo menos una parte de los investigadores que se adhieren a esta forma de trabajar son muy poco explícitos en cómo han efectuado su trabajo de campo y su interpretación, incluyendo la cantidad de tiempo real del

mismo, el número de entrevistas y de observaciones con cada informante o en cuántas sesiones y qué cantidad de horas conllevó la construcción de una historia de vida y, por supuesto, respecto de si manejan o no el lenguaje del grupo estudiado. En la mayoría de los casos en que pudimos obtener información acerca de este tipo de datos directamente de los investigadores, el trabajo de campo real fue de corta o mediana duración, entre tres y cuatro meses, en numerosas ocasiones intermitente y, salvo excepciones, los investigadores no manejaban el lenguaje del grupo que estudiaban.

Personalmente no hago del trabajo de campo un rasgo emblemático e indispensable del quehacer antropológico (Menéndez, 1999 y 2001), pero lo considero decisivo y necesario en términos de mediana o larga duración respecto de ciertos problemas y sujetos sociales. Y gran parte de los problemas, y también de los sujetos propuestos por las antropologías interpretativas respecto de procesos de salud-enfermedad-atención, implica este tipo de trabajo, que por lo menos un número sustantivo de los investigadores no realiza. La distancia entre la propuesta teórico-metodológica y el tipo de trabajo de campo real resulta contrastante, sobre todo en las orientaciones que colocan la profundidad, la interpretación y la reflexividad en primer plano.



Relaciones entre actores o relaciones consigo mismo

Si de los significados pasamos a las relaciones sociales, considero que quizá nunca como ahora se ha hablado tanto de relaciones sociales en términos de redes sociales, de grupos sostén, de grupos de autoayuda, de estrategias y tácticas de supervivencia, de vida o de participación social, y ello tanto en las investigaciones de tipo académica como en las de investigación-acción. Pero es curioso observar que por lo menos un segmento de los estudios que apelan a las relaciones sociales se caracteriza porque sus descripciones, interpretaciones y acciones se concentran en uno solo de los actores sociales, excluyendo al resto de los diferentes actores significativos y a las relaciones que se establecen entre ellos en una situación o proceso determinado.

Diversos autores, en particular los dedicados a estudiar violencias intergenéricas o interétnicas, señalan a veces muy explícitamente que su objetivo es estudiar las relaciones de género o las relaciones interétnicas mediante interacciones sociales, e inclusive en sus etnografías hacen referencias a transacciones o negociaciones, las cuales sin embargo se caracterizan porque expresan de manera exclusiva o mayoritaria la perspectiva de uno solo de los actores que negocian (?) la realidad, y no al conjunto de actores significativos que están “negociando”. En lugar de incluir las perspectivas y relaciones según son narradas por todos los actores significativos que operan en una situación o proceso determinado, sólo se narra lo que dice, siente, piensa, o como quiera denominarse, uno de los actores quien inclusive es el que frecuentemente expresa no sólo su propia perspectiva, sino lo que dirían, pensarían o harían los otros actores con los cuales está en relación. Es decir, que lo que el actor seleccionado dice que dice otro actor es manejado por el investigador como si en verdad fuera información del actor que, sin embargo, no habla; y que no lo hace, sobre todo, porque el investigador no lo entrevista o no lo encuesta, ni, menos aún, lo observa.

No es extraño encontrar en algunas investigaciones –como veremos más adelante– que se le pide a un actor que dé información sobre cómo se relaciona con otros actores con los cuales tiene problemas; esto nos parece correcto, siempre y cuando también se les solicite información similar a los demás involucrados. De tal manera que en gran parte de los estudios sobre etnicidad o género –respecto por supuesto de procesos de salud-enfermedad-atención– el Otro, aun siendo un Otro antagónico, no habla por sí mismo, sino a partir de lo que dice el actor seleccionado y entrevistado por el investigador.

La mayoría de los estudios de género en México implícita o explícitamente parten del supuesto de que la identidad de género se define en relación a un Otro, por lo que en casi todos los casos la identidad femenina o la masculina se constituye en cada sociedad y grupo a partir del (O)tro género. Esa propuesta es coherente con el dominio de tendencias construccionistas que cuestionan las concepciones sustancialistas de género basadas en la biología, la psicología e, incluso, en la cultura. Pero además varias corrientes feministas parten de considerar de forma explícita las relaciones de género como relaciones de poder; más todavía, éstas constituyen el núcleo de su concepción teórico-ideológica, y en el caso de un segmento del movimiento feminista dicha concepción fundamenta algunas de sus propuestas de acción. Pero resulta que tanto en sus descripciones e interpretaciones como en sus acciones estos estudios de género no trabajan con las relaciones de poder a través de los diferentes actores significativos que intervienen, sino exclusivamente mediante el imaginario, el saber o las experiencias de uno de los actores. Sólo un reducido número de estudios de género incluyen a los diferentes actores y las relaciones que se han constituido entre ellos en términos de poder, y por supuesto también de no poder.

Esta tendencia presenta rasgos realmente preocupantes en términos generales, pero sobre todo cuando las interacciones que se describen e interpretan o analizan ocurren entre actores que están en relaciones de conflicto, o de enfrentamiento entre ellos, por lo menos en algunos aspectos de la relación. Lo mismo sucede con actores que por su situacionalidad expresan potencialmente perspectivas diferenciales, de hegemonía-subalternidad o de opresión, como puede ocurrir en las relaciones curador-paciente, esposa-esposo, trabajador-empresario, colonizado-colonizador o violador-violada, pues la construcción de la realidad a través de uno solo de los actores significativos sesga desde el principio la realidad que se pretende describir e interpretar.

Esta manera de describir, de presentar los datos y de interpretarlos, como lo hemos analizado en otros trabajos (Menéndez, 1997 y 1999), obedece a diversas razones de tipo teórico, metodológico e ideológico y, mientras en determinados casos dicha propuesta es intencional, en otros no aparece reflexionada por los que la usan. En el primer caso se busca subrayar el papel de uno solo de los actores; de cómo éste vive su realidad, de sus posibilidades de modificar la relación dominante incluyendo la situación de opresión, estigmatización o violencia que la caracteriza, como ocurre con numerosos materiales etnicistas y feministas, donde la narración de los sujetos aparece manejada

frecuentemente como testimonio de su situación y relación de opresión y subalternidad. A estos autores les interesa sobre todo poner de manifiesto y transmitir la perspectiva de uno solo de los actores y suelen ser conscientes de la omisión, pero la consideran secundaria o irrelevante respecto de sus objetivos centrales, que son en gran medida de tipo ideológico, ideológico-político o ideológico-técnico.

Mientras una parte de estos autores sabe que está sesgando la realidad en función de objetivos ideológicos, otra considera que la realidad constituida a través de la voz de uno solo de los actores equivale a “la” realidad. Estos investigadores describen la realidad mediante un solo actor juzgando que lo que expresan es “la” realidad y no sólo la representación o experiencia que tiene de ésta un único actor. Existe una notable cantidad de trabajos en los cuales el investigador tácita o expresamente estima que la narración de un actor evidencia realmente no sólo al sí mismo, sino a otros actores –aun siendo antagonistas–, de tal manera que los relatos de una mujer sobre su pareja masculina o de un varón sobre su compañera expresarían no sólo la mirada de ella o de él sino también la de su compañero(a), e inclusive las negociaciones entre ambos; o que lo dicho por un homosexual que padece SIDA no expresa exclusivamente su experiencia de estigmatización, sino que da cuenta de los procesos de estigmatización desarrollados por diferentes actores significativos contra él, pero de los cuales no se obtiene otra información que la dada por los sujetos con VIH-SIDA. En ambos casos la etnografía se centra en la narración de un actor particular y se omite de manera parcial o, con mucha frecuencia, en forma total la perspectiva-narración de los otros actores, así como las relaciones que se establecen entre ellos. Tal vez sería más correcto decir que las relaciones entre los diferentes actores quedan reducidas a lo que un actor específico informa sobre ellas.

Inclusive en varios de estos trabajos se presentan narraciones donde hablan el varón que violenta a su pareja femenina o los sujetos que estigmatizan a la persona con VIH/SIDA, pero lo que en realidad se transcribe es lo que la mujer o el portador de VIH/SIDA dicen que dicen los que la violentan o lo estigmatizan, lo cual, y lo subrayo, puede ser “verdad”, pero si nos interesan las relaciones y negociaciones, si realmente nuestra aproximación es relacional necesitamos incluir las pers-

pectivas y relaciones de los diferentes actores significativos que intervienen en dichas situaciones y relaciones.

Estas tendencias, como ya lo señalamos, son observables sobre todo en los estudios de género. En una investigación que estamos desarrollando hemos analizado ya alrededor de sesenta estudios sobre género femenino en México, y únicamente en tres de ellos se incluyó a ambos géneros; en los demás sólo aparecen entrevistadas o encuestadas las mujeres. Y esta orientación se manifiesta en investigaciones de tipo cualitativo y, más recientemente, en trabajos de tipo estadístico, lo cual puede observarse en dos investigaciones realizadas en todo el territorio nacional. Una fue publicada por el Instituto Nacional de Salud Pública en el 2003, y tiene como objetivo describir y explicar las violencias contra la mujer. El estudio se basó en una encuesta que buscó obtener información sobre diversos aspectos que implicaban a mujeres y a varones así como sobre ciertas relaciones entre ambos, pero en todos los casos la información fue obtenida exclusivamente a partir de las mujeres.

Y así, por ejemplo, se obtienen datos sobre consumo de alcohol en mujeres y también en varones a partir de lo que dice sólo la mujer; según esto, casi 96% de las mujeres no consumen realmente bebidas alcohólicas (Olaiz *et al.*, 2003: cuadro 4.5). Más allá de lo creíble o no de estas cifras,⁴ los autores analizan las representaciones de las mujeres encuestadas como si fueran hechos reales y no sólo representaciones de determinados actores, corroborando lo señalado.

En los cuadros 5.2, 5.6, 5.8, 5.20 y otros (Olaiz *et al.*, 2003: 65-91) se presenta información sobre relaciones violentas reconocidas por las encuestadas, pero no se incluye alguna obtenida de varones sobre las relaciones violentas, que se supone operan entre sujetos pertenecientes tanto al género femenino como al masculino. Pero, además, en la exposición y análisis de por lo menos una parte de la información referida a consumo de alcohol y a violencias, se incluyen los datos correspondientes a cada género como si fueran producidos por cada género, sin informar explícitamente en la descripción y análisis que toda la información es proporcionada únicamente por la mujer. En este estudio no se realiza la menor reflexión metodológica sobre la calidad y significación de los datos así contruidos, y a través de los cuales se propone un determinado ordenamiento de la realidad que no sabemos si en verdad

⁴ Según los datos de esta encuesta aplicada a nivel nacional, 51.1% de estas mujeres nunca toman bebidas alcohólicas; 43.6% dice beber ocasionalmente (menos de una vez al mes), mientras que sólo 3.1% de dichas mujeres tienen un consumo mayor al de una vez al mes. Es decir que un poco más de 96% de estas mujeres prácticamente no ingieren bebidas alcohólicas, lo cual por lo menos contrasta con los datos de mortalidad por cirrosis hepática en mujeres de 35 a 64 años de edad, y en especial en mujeres de 35 a 44 años, ya que constituye la quinta causa de muerte en dichos grupos etarios.

corresponde a la misma, aunque sí a los objetivos que se quieren demostrar. Lo menos que se esperaría desde una perspectiva metodológica sería una reflexión sobre lo que significa que la realidad se haya construido a partir de entrevistar solamente a uno de los actores, inclusive respecto del comportamiento del otro actor con el cual establece frecuentemente relaciones de tipo violento.

Esta tendencia se agudiza todavía más en la encuesta nacional sobre la dinámica de las relaciones en los hogares realizada por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, el Instituto Nacional de las Mujeres y el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (INEGI/Inmujeres/Unifem), en la cual –y lo subrayamos– desde el título de la investigación se nos hace saber que alude a dinámicas en los hogares, proponiendo como objetivo general obtener información para dimensionar características y conocer la prevalencia de la violencia intrafamiliar en México. El estudio establece varios objetivos específicos, de los cuales seleccionamos tres orientados a generar datos sobre la incidencia de comportamientos violentos entre las parejas, en el interior del hogar, pero también sobre las características de las personas que viven actos violentos en los hogares, así como determinar los hogares en el país con alguna manifestación de violencia entre la pareja. En este sentido, según los objetivos de este estudio, la violencia no se reduce a la ejercida contra la mujer sino a los diferentes tipos de violencia que se experimentan en los hogares –y de manera señalada respecto de la pareja– estableciendo como unidad de análisis “los núcleos conyugales y la mujer elegible” (*sic*) (INEGI, Unifem, Inmujeres, 2003: 6), pero sin aclarar en ninguna parte de la metodología, por qué si la unidad de análisis son los núcleos conyugales, sólo la mujer es elegible.⁵ Más aún, al igual que en el anterior trabajo, se ofrece información acerca del varón sin aclarar, ni en la metodología ni en los datos, que los mismos no proceden del varón sino de la mujer.

Considero que la forma en que suele ser presentada la información reduce la posibilidad de observar que los datos referidos al varón no proceden de él, sino de la mujer entrevistada. Es decir que no sólo hay una

ausencia de aspectos metodológicos específicos, sino que existe un efecto retórico en la presentación de la información.⁶ Quizá el principal efecto retórico reside en que las respuestas a una encuesta (representaciones) son tratadas como si fueran hechos que realmente acontecieron, lo cual es reforzado todavía más cuando este tipo de datos pasan a los medios de comunicación masiva, ya que la retórica periodística tiende a convalidarlos como tales, como ocurre justamente con la difusión de la información de esta encuesta (*La Jornada*, 25 de noviembre de 2004).

Quiero subrayar, para evitar frecuentes equívocos, que juzgo necesario no sólo estudiar sino intervenir respecto de los diferentes tipos de violencia que se ejercen en nuestras sociedades, y sobre todo respecto de las violencias contra las mujeres de todas las edades. Pero asumir esto, que para mí supone incluir tipos de violencia hoy generalmente olvidados por los que hablan tanto de violencia, como ocurre con el caso de la denominada violencia estructural, implica no confundir objetivos y procedimientos ideológicos con objetivos y procedimientos metodológicos, pues dichas confusiones limitan no sólo la posibilidad de entender los problemas, sino también la posibilidad de intervenir de manera eficaz.

Por eso, si asumimos que prácticamente toda violencia opera entre diferentes actores significativos, lo mínimo que deberíamos hacer es incluirlos, porque su exclusión puede llevar a sesgos metodológicos preocupantes. En esta encuesta se les solicitó a las mujeres información que no sólo alude a sus relaciones con otros actores significativos dentro del hogar, sino a las formas de vida de algunos de dichos actores. Se solicitó información sobre las relaciones que tienen con sus parejas y sobre las relaciones entre padres e hijos. Pero también se les preguntó acerca del ambiente familiar del hogar, cómo se trataban los miembros de la familia y cómo eran tratados los niños, pero no sólo respecto del hogar de origen de la mujer, sino del hogar de origen de su pareja. Solicitar estos datos no nos parece incorrecto, siempre que sean abordados como representaciones y no como hechos. Y este estudio los trata como hechos.

⁵ Lo que los autores denominan sustentos conceptuales se refieren exclusivamente a la violencia contra la mujer, y no a otros tipos de violencia que, sin embargo, deberían incorporarse en los datos a obtener, según los propios objetivos de este estudio, como son las generadas entre padres e hijos. No obstante, en esta investigación no se incluyen la violencia contra los ancianos, ni las violencias entre hermanos, ni aquellas entre varones adolescentes dentro del hogar y especialmente con el padre. Por ello nos preguntamos, por qué fueron excluidos estos tipos de violencias, si el núcleo de esta investigación lo constituye la dinámica de las relaciones en los hogares mexicanos. Tal vez estas omisiones expliquen porqué sólo son elegibles ciertos actores.

⁶ Respecto de estudios que operan de esta manera, realizo frecuentemente un ejercicio con personal de salud y con estudiantes de posgrado en antropología a quienes les doy a leer dichos estudios y casi siempre piensan que la información ha sido obtenida de mujeres y hombres, aun cuando, como vimos, procede exclusivamente de uno solo de los actores.

Es más, si bien la mayoría de los datos que solicita esta encuesta tendrían que haber sido obtenidos también del varón, los relativos a su hogar de origen así como a otros aspectos deberían haber sido proporcionados en forma prioritaria por él.

Tanto por los objetivos como por el tipo de información a obtener se debería haber entrevistado por lo menos a los miembros de la pareja conyugal, mas sin embargo sólo se entrevistó a la mujer, lo cual conduce a construir una realidad que es cuestionable en términos metodológicos, no sólo porque pretende describir y explicar relaciones –en este caso violentas– a través de uno sólo de los actores significativos, sino porque para cierto tipo de información el actor seleccionado no es el más idóneo.

El dominio de esta orientación dentro de la producción antropológica y paraantropológica realizada respecto de ciertos problemas en América Latina es llamativa, porque desde la década de los cincuenta contamos con trabajos, sobre todo realizados en México, como fueron las investigaciones sobre familia y pobreza desarrolladas por O. Lewis (1966a, 1966b, 1982 y 1986), en las cuales este autor proponía la necesidad de que todo problema sustantivo que involucrara a los diferentes miembros de un grupo doméstico incluyera la descripción de los puntos de vista de cada uno de ellos respecto de dicho problema, lo que inclusive dio lugar al desarrollo de técnicas específicas como la denominada *Rashomon*, que fue descrita y analizada por Lewis en artículos metodológicos, pero que, en especial, fue utilizada en sus trabajos sobre las familias Sánchez y Martínez. ¿Cómo puede ser que Lewis obtuviera tanta información de los varones, inclusive sobre ciertas problemáticas que preocupan a los estudios de género, mientras que en la mayoría de éstos se concluye que es muy difícil obtener este tipo de información de los varones? Me parece que *Una muerte en la familia Sánchez* (Lewis, 1982) constituye –entre otras cosas– una descripción notable de comportamientos de género que, sin embargo, casi no es utilizada o por lo menos mencionada por los especialistas.

Es importante además consignar que hay investigadores que creen que realmente están incluyendo la “voz” o la información de los diferentes actores tal como lo proponen en sus metodologías, lo cual sin embargo no aparece en sus etnografías, o aparece en forma unilateral. Son trabajos que señalan explícitamente que se van a describir y analizar transacciones entre diferentes actores enumerándolos y caracterizándolos. En su metodología indican, por ejemplo, que entrevistaron a tantos informantes mujeres y a tantos varones acerca de ciertos procesos de salud reproductiva, pero en sus etnografías encontramos que entre 90% y 95% de

la información procede de las informantes femeninas y sólo entre 5% y 10% corresponde a la “voz” de los varones entrevistados.

Esto cobra aún más notoriedad en los estudios cualitativos que incorporan testimonios, pues no sólo la mayoría corresponde a mujeres, sino que los testimonios de éstas son mucho más amplios y complejos que los de los varones. Parece ser que la mayoría de los investigadores no son conscientes de estos sesgos o, por lo menos, no se preocupan en explicarlos. Pero los estudiosos que procuran hacerlo atribuyen esta notoria disparidad a que las mujeres hablan más que los varones, sobre todo respecto de ciertos procesos de salud-enfermedad-atención; y a que los varones rechazan hablar de estos procesos y argumentos similares. Pese a que algunas de estas aseveraciones son, en parte, correctas, ellas no explican por qué estudios diseñados para obtener información tanto de varones como de mujeres, inclusive sobre embarazo, parto y puerperio, sí registran datos amplios y complejos de los varones y no sólo de las mujeres, como ocurre en el notable trabajo de Judith Ortega (1999). Para nosotros, en lugar de excluir *a priori* a uno o más de los actores significativos, y reducir las entrevistas a uno sólo de ellos, habría que incluir y recoger las respuestas de los diferentes actores significativos para obtener todo aquello que posibilite describir una realidad que en verdad corresponda a los diferentes actores, sujetos, voces, que tienen que ver con dicha realidad, sin dejar fuera, por supuesto, las condiciones económico-políticas y simbólicas dentro de las cuales operan los actores.

Desde esta perspectiva, considero que gran parte de los estudios de género –tanto de mujeres como de varones– obtienen información de uno sólo de los actores significativos porque han sido diseñados intencional o funcionalmente para eso.

En el desarrollo de estas tendencias me preocupa no sólo evidenciar y tratar de explicar estas discrepancias, sino reflexionar sobre cuál es la concepción de la realidad que surge de trabajos donde las relaciones, negociaciones o transacciones están circunscritas a las representaciones, relatos o experiencias de uno solo de los actores significativos. ¿Qué comprensión de la relación curador-paciente tendremos si entrevistamos exclusivamente al curador o si sólo escuchamos al “paciente”; así como qué tipo de realidad negociada surge de las relaciones varón-mujer si únicamente oímos –o inclusive observamos– sólo a una de las partes? ¿Qué versión de la realidad tendremos si la realidad de las relaciones sociales y de los sujetos implicados en las mismas se constituyera exclusivamente a través de las representaciones y experiencias de un violador de niños o de un activista racista, y además

transcrita y analizada por autores que tienen no digamos “simpatía” sino respeto por la visión “emic” de la realidad, expresada en estos casos por las narraciones de los violadores y de los racistas, sin describir las otras perspectivas actorales, es decir, las de los violados y las de los sometidos a discriminaciones racistas?

Al señalar esto, y lo subrayo, no estoy negando que podamos describir la realidad mediante uno solo de los actores significativos en una relación determinada. Pueden existir objetivos de muy diferente tipo –y no sólo ideológicos– que legitimen dicha propuesta, pero ésta debería explicitar sus necesidades y aportes, así como también sus limitaciones y los sesgos que implica su uso. Sin embargo, en la mayoría de estos trabajos se pretende describir y comprender las transacciones recurriendo a uno solo de los actores, con la intención expresa o tácita de que dicha descripción-narración constituya la “realidad”, y no sólo la “realidad” de un actor.

Más allá de la intencionalidad o de la no conciencia con que es construida y analizada una etnografía a través de un único actor considero que, dada cierta tradición metodológica disciplinaria, los antropólogos –y por supuesto otros profesionales– tenemos serias dificultades para describir y analizar o interpretar la realidad en términos relacionales (Menéndez, 1981, 1997 y 1999). La técnica del informante clave, colocar el eje en la narración, o partir del punto de vista del actor expresan la inclinación a describir la realidad en términos *emic*, y a centrarla en un actor “a-relacional”, o cuyas relaciones son básicamente referidas a un campo de homogeneidad social y cultural. Como sabemos, el surgimiento de determinadas problemáticas a partir de los años cuarenta y cincuenta condujo a una parte de la producción antropológica a cuestionar la existencia de una supuesta homogeneidad comunitaria (Sigal, 1967a y 1967b), a incluir actores colocados en diferentes estatus o estratos de la realidad social o inclusive a reconocer la existencia de diferentes perspectivas en los sujetos localizados dentro de un mismo estatus o estrato. Justamente la propuesta citada de Lewis, así como la perspectiva de redes sociales establecida también en los cincuenta por Bott (1971 y 1990), se desarrollaron para captar las perspectivas y relaciones diferenciales que se estaban constituyendo en medios urbanos; pero fueron escasamente aplicadas entre nosotros para describir y analizar las relaciones desarrolladas entre los diferentes actores significativos, y dominó la tendencia a centrarse en uno sólo de los actores aun usando el concepto de redes sociales, de relaciones de género o de relaciones de clase (Menéndez, 1997, 1999 y 2001).

Esta manera de describir a-relacionadamente a los actores se impuso pese a que gran parte de las tenden-

cias teóricas antropológicas proponían lo relacional en el centro de sus preocupaciones, como ocurrió con el estructuralismo, el funcionalismo y la mayoría de las tendencias marxistas. Pero esta orientación a-relacional se observa también en los que cuestionan a estas corrientes (Menéndez, 1981, 1999 y 2002). Es más, pienso que las críticas –en gran medida correctas– a los estructuralismos y funcionalismos posibilitaron aún más la secundarización de las orientaciones relacionales colocando el énfasis en uno sólo de los actores. Lo concluido, por supuesto, no niega la existencia de trabajos donde se describen y analizan o interpretan a los actores sociales en términos relacionales, pero ésta no fue ni es la posición dominante (Menéndez, 1981 y 2002).

De prácticas, trayectorias y representaciones

Me parece que, por lo menos en parte, la persistencia de estas maneras de describir y analizar los procesos, temas o problemas se debe al modo en que nos formamos –y formamos– académicamente los antropólogos, y no constituyen meros episodios coyunturales de “mala práctica”. La tendencia a trabajar con uno solo de los actores, aunque propongamos como centrales las relaciones entre los mismos, es parte de una serie de usos metodológicos que también observamos en el manejo de las representaciones y de las prácticas. A partir de los sesenta, pero sobre todo de los setenta se cuestionó la propensión de la antropología a trabajar básicamente con representaciones, proponiendo como alternativa estudiar las experiencias, las trayectorias, las carreras y/o las prácticas. Sin embargo, la mayoría de los trabajos que utilizaron estos conceptos, y especialmente el de prácticas, lo que en verdad describieron fueron representaciones y no prácticas. Se tiende a considerar práctica lo que los informantes dicen, y sobre todo si dicha información se refiere a la experiencia individual; se cree que la narración de una experiencia o trayectoria las convierte en prácticas. Quiero subrayar que en la casi totalidad de estos trabajos la calidad de práctica surge de lo que los sujetos dicen, de sus narraciones o de sus respuestas a las entrevistas.

La mayoría de los autores que utilizan esta concepción tratan de rescatar el papel de agente de los actores, cuestionando el mero papel reproductivo al que lo habrían reducido los estructuralistas y culturalistas. Estas “nuevas” propuestas ponen en duda la visión surgida de estas escuelas, así como del concepto de representación y otros similares, los cuales se orientan a dar una imagen coherente, homogénea, integrada,

etcétera, tanto de la cultura-estructura como de los actores, mientras que los conceptos de experiencia, trayectoria o práctica –y las corrientes que lo utilizan– evidenciarían el conflicto, la heterogeneidad, la diferencia y la incongruencia de los sujetos. Estos conceptos recuperan la calidad de agente del actor, según la cual éste es quien define la realidad que se vive y no las estructuras preexistentes, y además someten a debate los conceptos que conciben al actor como definido o preformado por su cultura.

Algunas líneas de pensamiento manejan estos y otros conceptos, estableciendo que la realidad se constituye situacionalmente a partir de los actores. A través de las prácticas se describirían las acciones y reacciones situacionales de los actores, pues el objetivo no sería describir o explicar las características de una cultura o de un proceso cultural, sino describir e interpretar cómo los actores producen vida cotidiana dentro de situaciones culturales, colocando el eje en el ejercicio práctico de la vida cotidiana, y en el cual la cultura operaría sólo como referente (Alvez y Rabelo, 1998 y Csordas, 1990, 1994a y 1994b).

Las propuestas –correspondientes a muy diferentes denominaciones– sobre las representaciones y las prácticas no son recientes, y han tenido múltiples expresiones que oscilan entre Durkheim y Nietzsche, entre Lévi-Strauss y Sartre o entre Bourdieu y Geertz, y ello más allá del concepto utilizado, dado que en algunos *práctica* se articula con *habitus* (Bourdieu, 1971 y 1991), mientras en otros se remite a trayectorias y proyectos (Csordas, 1994a y 1994b). Pero en este trabajo no vamos a revisar esta serie de propuestas –aunque es esencial tenerlas como referente–; lo que me interesa es rescatar algunas cuestiones metodológicas para observar las discrepancias que guían nuestro análisis: ¿Qué es lo que da calidad de prácticas, saberes, representaciones, experiencias o trayectorias a la información obtenida? ¿Y, cómo es obtenida y elaborada dicha información para que adquiera dicha calidad? Como ya lo señalé, en gran parte de los interpretativos –pero no sólo en ellos– domina la idea de que lo narrado por un informante, equivale a “prácticas”, sobre todo si alude a un sujeto individual que da cuenta de su situacionalidad.

El sujeto (informante) que narra su experiencia de relación con una partera denominada “empírica” o con un médico del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) estaría dando cuenta de prácticas situacionales, y no de las representaciones que él tiene de dichas relaciones. Es el actor el que actualiza las representaciones y las dinamiza en la situación que vive, lo cual, como sabemos, fue sobre todo desarrollado por Sartre (1963 y 1984), y recuperado por destacados antropó-

logos actuales (Csordas, 1990, 1994a y 1994b). La calidad de práctica está colocada en la trayectoria, en el proyecto, en la relación del sujeto con su situacionalidad o su circunstancia como decían otros. Pero más allá de que se le llame prácticas, praxis o inclusive razón vital, el núcleo del problema desde un punto de vista metodológico está, para mí, en la precisión de ciertos aspectos. No obstante que gran parte de los estudios que utilizan los conceptos de práctica o de experiencia para describir los procesos de salud-enfermedad-atención realmente lo que hacen es trabajar con representaciones. No negamos que las narraciones puedan ser “equivalentes” a prácticas, sino que señalamos que ello necesita ser evidenciado y fundamentado tanto en términos teóricos y metodológicos como mediante el tipo de etnografía interpretativa o analítica desarrollada.

Como ya indicamos, una de las razones de querer trabajar con prácticas, experiencias o trayectorias reside en la posibilidad de rescatar al sujeto como agente y no como mero reproductor de la cultura o la estructura; además, pretendemos evidenciar las particularidades que cada sujeto expresa y que una etnografía buscadora de regularidades sociales y culturales tendía a secundarizar, ignorar o directamente eliminar, lo cual precisamos como un objetivo posible y valioso. Pero, salvo excepciones, el énfasis en la calidad de agente no implica que se produzcan etnografías donde dicha calidad de agente ponga de manifiesto no sólo la trayectoria y experiencia de los sujetos, sino que las mismas nieguen o por lo menos cuestionen la existencia de regularidades, lo cual nos conduce a interrogarnos sobre ¿qué es lo que aporta esta propuesta cuando observamos que de las narraciones de varios de los sujetos que nos cuentan sus experiencias desde una situación similar emergen “prácticas” y trayectorias similares, como hemos encontrado en el caso de los médicos que operan a nivel de atención primaria por lo menos respecto del “alcoholismo” (Menéndez y Di Pardo, 1996) o como aparece con recurrencia en los estudios sobre estrategias y/o tácticas económicas y ocupacionales de los “pobres” para poder vivir, sobrevivir y enfrentar los padecimientos que los aquejan; o de las mujeres, sobre todo “pobres”, en sus procesos de embarazo, parto y puerperio? Lo que surge de la mayoría de estos trabajos son trayectorias y experiencias muy parecidas –en el caso de ciertos procesos casi idénticas– es decir, lo que los culturalistas denominaban patrón cultural y los estructuralistas “estructura”, y esto más allá de los conceptos de experiencia, trayectoria o representación utilizados. La mayoría de los sujetos descritos, en tanto sujetos, desarrollan acciones, estrategias y representaciones donde domina la

similitud más que la diferencia.⁷ Eso no niega la existencia de trabajos antropológicos que describan trayectorias diferenciales, y se ponga en evidencia la calidad diferencial de los sujetos, como ocurre en los estudios de Mendoza (2004) y de Ortega (1999); pero son escasos.

Esta manera de utilizar orientaciones teóricas o conceptos como sujeto, agente, trayectoria o experiencia está teniendo además algunos efectos preocupantes, que algunos denominan perversos, en el modo de describir e interpretar la realidad. Una serie de trabajos que quieren expresar el punto de vista de cada actor –a menudo confundidos con el de cada informante– transcriben lo que dice cada informante sobre un problema específico, como puede ser, por ejemplo, si participa o no y de qué manera en ciertas actividades de salud comunitaria, y dichos trabajos transcriben digamos diez o veinte “relatos” de entre tres y diez renglones correspondientes a diez o veinte informantes, donde en la mayoría de los casos no hay casi diferencias entre dichos relatos. Una parte de estos investigadores, en razón de su orientación metodológica “particularista”, genera escasas conclusiones o inclusive se niega a sacar conclusiones del conjunto de los relatos, pues eso constituiría una aproximación analítica que identifican con el “estructuralismo” y no con una orientación interpretativa que trata de expresar la voz de cada sujeto definido como agente social, confundiendo el deseo de una metodología con la etnografía realmente producida, pues lo que casi siempre transcriben en forma aislada son relatos de informantes que expresan un patrón similar de representaciones sociales.

Al revisar estos aspectos quiero enfatizar que comparto los cuestionamientos a determinadas consecuencias de los estructuralismos y culturalismos que se inclinaron a reducir o directamente ignorar el papel de agente de los actores, y esto más allá de las incorrecciones con que han sido leídos últimamente ciertos estructuralistas y culturalistas, ya que no todos ellos afirman de la misma manera la existencia de estructuras o patrones culturales, como suele ocurrir con las orientaciones y conceptos desarrollados por los interpretativos.

Es por ello importante rescatar que una parte de las discusiones sobre los aspectos señalados se refiere explícita o implícitamente a la cuestión del sujeto dentro del trabajo antropológico, pero a partir de recordar que la antropología se distingue por haber analizado y dis-

cutido muy poco la cuestión del sujeto y de la subjetividad hasta hace unos cuantos años. Los antropólogos, salvo excepciones, no se plantearon –ni en su mayoría se siguen planteando– el tipo de subjetividad que caracterizaba a los grupos estudiados. Hablamos mucho de sujeto, pero casi no nos referimos a la subjetividad.

En las diferentes corrientes antropológicas dominó la noción de un sujeto concebido como integrado, homogéneo, monolítico, auténtico, etcétera, y caracterizado por un yo o sí mismo que era una especie de equivalente de su cultura, una cultura que era la que justamente daba sus atributos básicos al sujeto. Para estas tendencias, el sujeto reproducía la cultura a la que pertenecía, y de allí la falta de necesidad de pensarlo a él y a su subjetividad. Si bien esta concepción había sido cuestionada por algunos antropólogos desde los años treinta y en especial entre los cuarenta y sesenta, es sobre todo a partir de la década de 1970 que se desarrollan críticas y propuestas que someten a discusión los rasgos señalados y la noción de sujeto que expresa, y se comienza a hablar de sujeto provisional, fragmentado, descentrado o híbrido. Frente al monolitismo hasta entonces imperante, se va proponiendo un sujeto que no sólo parece existir independientemente de su cultura, sino que se autoconstituye más o menos de manera permanente, donde su subjetividad es reducible a tácticas de vida, y donde su unidad yoica sería una representación para poder actuar situacionalmente (Menéndez, 1998b, 2000 y 2002).

Ahora bien cuando en la actualidad entre nosotros una antropóloga X describe procesos de embarazo, parto y puerperio o relaciones de violencia varón-mujer; una antropóloga que inclusive nos habla de identidad de género ¿qué conceptos de sujeto y de subjetividad maneja? Y lo mismo me pregunto respecto de un antropólogo que describe actividades de brujería en comunidades en las cuales una parte de sus miembros reconocen haber sido “embrujados”, lo cual ha generado muertes, divorcios, migraciones o alcoholismo de la comunidad estudiada y que además utiliza conceptos como etnicidad o identidad étnica para interpretar dichos procesos. ¿Qué tipo de sujeto y de subjetividad expresan fenómenos como los de violencia de sangre o linchamientos colectivos, sobre todo cuando revelan notoria continuidad en el tiempo, para los que utilizan los conceptos de experiencia, trayectoria, carrera o prácticas?

⁷ Además, gran parte de estas críticas, realizadas a los antropólogos preocupados por las regularidades socioculturales, suelen olvidar o tal vez desconocer que varios de los principales culturalistas identificaban la variedad de pautas en el interior de un patrón cultural, e inclusive un antropólogo como Linton (1942 y 1945) distinguía entre pautas ideales, reales y construidas; es decir, lo que en lenguaje actual serían pautas en términos de regularidades o la acción en términos de agencia.

Por lo general las nociones de sujeto, y sobre todo de subjetividad, no se explicitan, aunque sí las de identidad, y, sin embargo, su uso –porque en los hechos se maneja alguna noción de sujeto y subjetividad– estaría de nuevo expresando procesos de discrepancia y hasta contradicción. ¿Cómo hacemos compatible el concepto de identidad de género –como antes el de pertenencia de clase– si al mismo tiempo hablamos de un sujeto híbrido, descentrado y cuestionamos la noción yóica de sujeto? Hay numerosas definiciones del concepto de identidad, pero la mayoría tiende a darnos una visión integrada, homogeneizante, yóica de la identidad; por ello, proponer una idea de sujeto provisional y al mismo tiempo utilizar el concepto de identidad nos remite a procesos divergentes, a menos que explicitemos, definamos y articulemos nuestros conceptos.

En consecuencia, a menudo volvemos a encontrarnos con procesos de discrepancias entre el uso de conceptos (explicitados o implícitos) y la etnografía producida, lo cual también nos conduce a nuestro proceso formativo como antropólogos. El paso a primer plano, o por lo menos el desarrollo de estudios sobre el dolor, las emociones, las enfermedades todavía incurables, las muertes “evitables”, las violaciones, ha conducido a la necesidad de pensar el sujeto y la subjetividad, y ha puesto de manifiesto la escasa elaboración antropológica que existe sobre este tipo de conceptos, y que la presentación, análisis y uso de dichos conceptos no forman parte de nuestro proceso de aprendizaje, pues, como ya lo señalamos, la tradición antropológica tendía casi en su totalidad a la negación de los mismos.

Continuidades antropológicas y problematización de la realidad

Hasta ahora he descrito procesos en los cuales encontramos discrepancias, incongruencias y distanciamientos entre las propuestas teórico-metodológicas y los usos específicos de conceptos y técnicas por parte de los antropólogos. En forma sintética hemos podido observar cómo determinadas propuestas, para las cuales el lenguaje es decisivo, describen e interpretan la realidad teniendo un manejo rudimentario del lenguaje del Otro y a veces desconociéndolo. Hemos indicado la existencia de investigaciones que proponen el estudio de relaciones, negociaciones y transacciones sociales, pero describiéndolas e interpretándolas-analizándolas a través de un solo actor; y hemos señalado que se pretende estudiar prácticas o experiencias, pero que éstas suelen ser reducidas a representaciones, aunque sean nombradas como prácticas y experiencias. Además hemos visto cómo se propone un sujeto de estudio

caracterizado por su situacionalidad, tacticidad, descentramiento o provisoriedad, pero utilizando al mismo tiempo un concepto de identidad que de forma implícita o explícita alude a una entidad integrada, homogénea y diferenciada.

Considero que toda una serie de procesos se han potenciado para favorecer el desarrollo de algunas peculiaridades del trabajo antropológico actual, y que se refieren al proceso de profesionalización, a los nuevos requisitos de producción y, sobre todo, de productividad; a la creciente relación con las instituciones oficiales o privadas en términos casi exclusivos de financiamiento; así como a otros procesos que no analizaremos ahora, pero que deben ser tomados en cuenta para explicar por lo menos parcialmente el desarrollo e incremento de ciertas tendencias en la producción de conocimiento actual.

Diversos elementos analizados remiten a la persistencia de quehaceres e imaginarios antropológicos que siguen expresando en parte estos aspectos, mediante una notoria continuidad con las nociones elaboradas en el desarrollo de nuestra disciplina, pero que al ser referidos a nuevas realidades y problemas evidencian un nivel de incongruencia que antes no emergía. En la mayoría de las corrientes antropológicas y hasta los años sesenta, se partía de la realidad de los grupos estudiados en términos de homogeneidad, integración, escasa diferenciación, etcétera, y se actuaba metodológica y técnicamente en función de estas características, de tal manera que había congruencia entre concepción teórica-ideológica de la realidad y la forma técnica de trabajar con la misma. La incongruencia se daba no en el interior de la disciplina, sino en la relación de su aproximación teórico-metodológica con la realidad; una realidad que además estaba en constante cambio y que, en determinados aspectos, estaba modificándose cada vez más rápido y no sólo respecto de los procesos económicos, sino también de los de tipo simbólico, como los observados en el proceso salud-enfermedad-atención (Menéndez, 1981).

No obstante una parte de las posiciones antropológicas reconocían y describían relaciones, éstas eran reducidas a las relaciones internas del grupo, o a la descripción de las relaciones del grupo con factores del medio ambiente y/o con factores “externos”, pero no se incluían los actores “externos” a la comunidad o al grupo étnico, sino sólo como referentes, pese a que podían ser determinantes para la vida cotidiana comunitaria como lo hemos analizado para México en el caso de los medicamentos de origen biomédico, que fueron constantemente ignorados hasta la década de 1980 por los antropólogos que investigaban los procesos de s-e-a en comunidades rurales y en grupos étnicos. Las



orientaciones teórico-metodológicas dominantes seguían teniendo congruencia dentro de la disciplina, aunque cada vez tenían menos que ver con lo que ocurría con las relaciones de los sujetos y grupos con los actores sociales “externos” y con ellos mismos fuera de su comunidad.

Prácticamente, y salvo excepciones –casi todas dentro del culturalismo norteamericano–, hasta los sesenta el sujeto y la subjetividad no formaron parte de la manera de pensar ni de trabajar de los antropólogos. Cuando se comenzó a hablar de sujeto se pensaba en sujeto social y era referido al grupo étnico, al grupo religioso o a la clase social, considerando, implícitamente o no, que cada sujeto individual era más o menos un reproductor o equivalente de su grupo, clase o cultura, de tal manera que hablar de identidad era hablar de una identidad religiosa, étnica o de clase, más que de la identidad referida a sujetos personalizados. Mientras la antropología se mantuvo dentro de estas formas de pensar evidenció congruencia interna en términos teórico-metodológicos, aunque también mostró una creciente incongruencia en su relación con la realidad.

Es en función de esta trayectoria que debemos recordar que la carencia de manejo del lenguaje del Otro o su uso reducido y rudimentario cobró impulso dentro de nuestra disciplina en determinado lapso histórico y a través de determinadas propuestas funcionalistas, culturalistas y conductistas, que propusieron un tipo de trabajo de campo constituido en torno a la “observación participante”, donde la “observación” pasaba a ser el núcleo del trabajo. La entrevista, la historia de vida o los árboles genealógicos seguían siendo instrumentos importantes pero subordinados a la observación participante, lo cual también comenzó a ocurrir con el manejo del lenguaje del Otro. Además, esta orientación se desarrolló cada vez más dentro de procesos de transculturación, migración o penetración cultural y social, que incrementaron el número de personas que, a nivel de la comunidad, manejan el lenguaje del antropólogo, es decir, que por lo menos algunos miembros de la comunidad saben hablar inglés, francés, alemán o español.

La propuesta de observación participante está basada en varios requisitos, pero sobre todo en dos. En primer lugar el trabajo de campo debe ser extenso y continuo; no debe implicar un tiempo reducido ni tampoco debe ser intermitente; debe caracterizarse por la permanencia constante del antropólogo entre uno y dos años en una comunidad o región. En segundo lugar está basada en saber observar a través de la participación.

Existe cierta congruencia teórico-metodológica-técnica, pues se propone compensar la no utilización del lenguaje del Otro con la participación de larga duración con el Otro; sin embargo, las prácticas reales evidencian nuevas incongruencias, ya que en los hechos se va reduciendo el tiempo y se incrementa la intermitencia del trabajo de campo. Así, estos procesos revelan nuevas discrepancias entre el marco teórico-metodológico y la producción de información. Y al señalar estos aspectos no sólo pienso en las orientaciones actuales del trabajo de campo, sino en las particularidades que tendría la observación antropológica y, sobre todo, en cómo los antropólogos aprendemos profesionalmente a observar. Si bien hay una gran cantidad de trabajos de tipo técnico y en mucho menor medida de tipo epistemológico generados por antropólogos sobre la observación participante, el proceso formativo suele excluir o simplificar la enseñanza formal de la observación.

Recordemos además que las tendencias antropológicas que impulsaron estas técnicas de trabajo de campo –y en particular la observación participante– buscaban observar y construir regularidades, patrones, estructuras, rituales y/o concepciones del mundo que

secundarizaban al sujeto; tendencias que buscaban explicar “la” cultura, “la” estructura, “la” función o “el” cambio cultural, todo lo cual avala la existencia de una coherencia teórico-metodológica en estas tendencias, pero no respecto de la realidad descrita y analizada, lo cual condujo al reconocimiento de “subculturas”, “cuasi estructuras”, o “tipos” para lograr mayor congruencia entre sus propuestas metodológicas y la realidad de los grupos estudiados. Pero resulta que ahora además nos proponemos observar sujetos, trayectorias, experiencias, prácticas, sin que se reelaboren las características de la observación participante para que se ajusten a los nuevos objetivos, problemas y actores.

Podría seguir enumerando múltiples aspectos con los cuales seguir corroborando que, pese a que vemos cierto grado de congruencia teórica-metodológica en sí, observamos también cierta incongruencia no sólo respecto de la etnografía producida sino respecto de la realidad descrita. Esta situación se complica a partir de los cincuenta y sesenta debido a la inclusión constante de nuevos problemas, sujetos y situaciones dentro del campo antropológico, que no sólo amplían el espectro de la realidad sobre la cual trabajan los antropólogos, sino que establecen un proceso de tensión entre los marcos teóricos disciplinarios existentes, y los conceptos y las técnicas para obtener información sobre los nuevos problemas y sujetos a investigar. Uno de los factores más notorios de este proceso es el paso a primer plano –desde los años setenta en adelante– de toda una serie de autores y teorías que los antropólogos comenzamos a utilizar y que en su casi totalidad no proceden del campo antropológico. El paso a primer plano, sobre todo en la antropología norteamericana, de un conjunto de autores europeos, en su mayoría de extracción filosófica, expresa varios procesos y de forma señalada dos: la emergencia de nuevos problemas y maneras de investigarlos, y la carencia o inadecuación de las propuestas antropológicas “clásicas” para describirlos e interpretarlos o explicarlos.

Esto se manifiesta de muchos modos, pero sobre todo en el proceso formativo a través no sólo de una discontinuidad, sino de una suerte de escisión entre lo que aprendemos los antropólogos en nuestros cursos sobre teorías y metodologías culturalistas, funcionalistas, estructuralistas o interpretativas y lo que aprendemos respecto de las corrientes y los autores señalados, pues no suele desarrollarse una articulación entre las concepciones teóricas antropológicas, y las nuevas propuestas, generándose una suerte de yuxtaposición y no de articulación entre las mismas.

A mi parecer esta yuxtaposición es la que se expresa en una antropología que reconoce ahora la existencia de sujetos y agentes, pero los maneja predo-

minantemente como identidades étnicas o de género; que habla de transacciones sociales, pero excluye la descripción y análisis relacional del conjunto de actores significativos, debido a varios factores y entre ellos a un proceso formativo que no suele problematizar ni articular por lo menos una parte de los diferentes conceptos, teorías y técnicas aprendidos.

El proceso de aprendizaje tiende a reproducir esa escisión y la multiplica mediante un proceso formativo en el cual se escinde la realidad usando conceptos no articulados. ¿Qué tendrán que ver los conceptos y unidades de análisis propuestos por Malinowsky para analizar la reciprocidad entre los Trobriand con los conceptos y unidades de análisis desarrollados por Sartre en *Crítica de la razón dialéctica* para comprender, entre otras cosas, las formas de reciprocidad gestadas en medios urbanos franceses?

La posibilidad de articular éstas y otras formas de describir e interpretar la reciprocidad –o cualquier otro proceso o concepto– puede darse gracias a una problematización de la realidad, es decir, estableciendo problemas específicos, lo cual puede conducirnos al uso no escindido de los mismos. Pero para ello deberíamos desarrollar un tipo de aprendizaje a través de dos ejes complementarios: revisar de nuevo cada una de las corrientes básicas antropológicas y no antropológicas que usamos los antropólogos, y ver cómo sus teorías y conceptos se corresponden con las técnicas empleadas, con el tipo de problemas que tratan de explicar o interpretar, y cómo se expresa esto en la etnografía producida. Así como también observar cuál es su manejo de la dimensión ética en términos explícitos o implícitos, no sólo en lo que se refiere a sus informantes o a la comunidad, sino al uso de sus productos en función de asumir como correcto lo propuesto por Nadel (1955) de que todo conocimiento, por más teórico que fuere, se caracteriza porque tiende a ser usado. Este análisis debe generarse en forma historizada, referido al contexto de producción de conocimiento dentro del cual se gestó; pero el eje del aprendizaje es la problematización y la observación del tipo de articulación registrada en los aspectos enumerados en cada una de las tendencias.

Un segundo eje es partir de un problema y examinar cómo han trabajado las diferentes corrientes teóricas, y no sólo desde el punto de vista conceptual sino de obtención de información y de análisis o de interpretación, así como en términos de inclusión de la dimensión ética. En este caso, las propuestas teóricas y etnográficas se manejan en términos sincrónicos, pues la cuestión es observar cómo cada una de las mismas puede responder a un problema formulado en términos pedagógicos. Al igual que en el anterior eje, la guía

es la problematización de la realidad de cada una de las tendencias analizadas.

Estas propuestas, sólo esbozadas en este trabajo, pueden reducir las incongruencias, distanciamientos y contradicciones analizados, lo cual considero cada vez más necesario, debido a que en los últimos años se han impulsado procesos que favorecen el desarrollo de un saber productivista y no problematizado. Para concluir, subrayo que las propuestas esbozadas constituyen sólo una posibilidad entre otras, que no obstante necesitamos pensar y aplicar.

Bibliografía

- ALVEZ, P. C. Y M. RABELO
1998 "Repensando os estudos sobre representações e practicas em saude/doença" en P. C. Alves y M. Rabelo, comps., *Antropologia da Saude. Traçando identidade e explorando fronteiras*, Editora Fiocruz, Río de Janeiro, pp. 107-122.
- BOTT, E.
1971 "Family and crisis", en J. Sutherland, ed., *Towards community mental health*, Tavistock, Londres, pp. 17-30.
1990 *Familia y red social: roles, normas y relaciones externas en las familias urbanas*, Taurus, Madrid [1957].
- BOURDIEU, P.
1971 *La distinction*, Minuit, París.
1991 *El sentido práctico*, Taurus, Madrid [1989].
- CSORDAS, TH.
1990 "Embodiment as a paradigm for anthropology" en *Ethos*, núm. 18, pp. 5-47.
1994a "Introduction: the body as representation and being-in-the-world" en Th. Csordas, ed., *Embodiment and experience: the existential ground of culture and self*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 1-26.
1994b "Words from holy people: a case study in cultural phenomenology" en Th. Csordas, ed., *Embodiment and experience: the existential ground of culture and self*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 269-290.
- CSORDAS, TH., ED.
1994 *Embodiment and experience: the existential ground of culture and self*, Cambridge University Press, Cambridge.
- DENZIN, N.
1987a *The alcoholic self*, Sage, Newbury Park.
1987b *The recovering alcoholic*, Sage, Newbury Park.
- GEERTZ, C.
1987 *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México [1973].
1988 *Works and lives. The anthropologist as author*, Stanford University Press, Stanford.
- GOOD, B.
1994 *Medicine, rationality and experience. An anthropological perspective*, Cambridge University Press, Cambridge.
- GOOD, B. Y M.-J. DEL VECCHIO GOOD
1980 "The meaning of symptoms: a cultural hermeneutic model for clinical practice", en L. Eisenberg y A. Kleinman, eds., *The relevance of social science for medicine*, D. Reidel Publisher, Dordrecht, pp. 165-196.
- INEGI, Inmujeres, Unifem
2003 *Encuesta nacional sobre la dinámica de las relaciones en los hogares*, México.
- KLEINMAN, A.
1988a *Rethinking Psychiatry: From cultural category to personal experience*, The Free Press, Nueva York.
1988b *The illness narratives: suffering, healing and the human condition*, Basic Books, Nueva York.
- LA JORNADA
2004 "La violencia no respeta fronteras. Las principales manifestaciones se dan en el ámbito familiar según estudio del INEGI", en *La Jornada*, 25 de noviembre.
- LEWIS, O.
1966a *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*, Joaquín Mortiz, México.
1966b *Pedro Martínez. Un campesino mexicano y su familia*, Joaquín Mortiz, México.
1982 *Una muerte en la familia Sánchez*, Grijalbo, México.
1986 *Ensayos antropológicos*, Grijalbo, México.
- LINTON, R.
1942 *El estudio del hombre*, Fondo de Cultura Económica, México [1936].
1945 *Cultura y personalidad*, Fondo de Cultura Económica, México [1945].
- MENDOZA, Z.
2004 *De la casa del nene al árbol de las placetas. Proceso reproductivo, saberes y transformación cultural entre los triquis de Copala en la Merced*, tesis de doctorado en Antropología, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- MENÉNDEZ, E. L.
1981 *Poder, estratificación y salud. Análisis de las condiciones sociales y económicas de la enfermedad en Yucatán*, Ediciones de la Casa Chata, México.
1997 "El punto de vista del actor: homogeneidad, diferencia e historicidad" en *Relaciones*, núm. 67, pp. 31-62 [Zamora].
1998a "Participación social en salud como realidad técnica y como imaginario social", en *Cuadernos Médico Sociales*, núm. 73, pp. 5-22 [Rosario].
1998b "Continuidad/discontinuidad en el uso de conceptos en Antropología Social" en M. R. Neufeld et al., comps., *Antropología social y política. Hegemonía y poder*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 15-36.
1999 "Uso y desuso de conceptos: ¿dónde quedaron los olvidos?", en *Alteridades*, año 9, núm. 17, pp. 147-164.
2000 "La construcción del sujeto: la dimensión antropológica" en GRUPIGIA/FAD, *Contextos, sujetos y drogas*, FAD, Barcelona, pp. 79-98.
2001 "De la reflexión metodológica a las prácticas de investigación" en *Relaciones* vol. XXII, núm. 88, pp. 119-163 [Zamora].
2002 *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*, Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- MENÉNDEZ, E. L. Y R. B. DI PARDO
1996 *De algunos alcoholismos y algunos saberes. Atención primaria y proceso de alcoholización*,

- Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (colección M. Othón de Mendizábal), México.
- 2003 *Alcoholismo, especializaciones y desencantos. El segundo y tercer nivel de atención médica*, informe final de investigación, ms.
- NADEL, S.
1955 *Fundamentos de antropología social*, Fondo de Cultura Económica, México [1951].
- OLAIZ, G. ET AL.
2003 *Encuesta nacional sobre violencia contra la mujer*, Instituto Nacional de Salud Pública, México.
- ORTEGA, J.
1999 *Proceso reproductivo femenino: saberes, género y generaciones en una comunidad maya de Yucatán*, tesis de doctorado en Antropología, El Colegio de Michoacán, México.
- SARTRE, J. P.
1963 *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 2 vols. [1960].
1984 *El ser y la nada: ensayo de ontología fenomenológica*, Alianza Editorial, Madrid [1943].
- SIGAL, S.
1967a "Participación y sociedad nacional: el caso de las comunidades rurales latinoamericanas, I", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. III, núm. 1, pp. 4-39.
1967b "Participación y sociedad nacional: el caso de las comunidades rurales latinoamericanas, II", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. III, núm. 2, pp. 232-289.